

Adolfo Allende Sarón

En frente de la casa de Heine



EN la Avenida del Rey —*boulevard* primoroso situado en el mismo corazón de Düsseldorf— hay un restaurante elegante, muy concurrido y acogedor donde sirven, entre otros platos delicados, el arenque en salsa blanca y el pernil recocado acompañado con ensaladas de múltiples colores: allí la betarraga, el apio, la achicoria y el pimentón. Según se cuenta, estos eran los potajes preferidos del poeta Enrique Heine. El restaurante a que aludimos se llama Benrather Hof, en homenaje a un castillo histórico visible, aún para el turista, en un pintoresco y boscoso extremo de la ciudad.

Un día domingo de sol esplendente, al pasar con varios amigos cerca de ese restaurante reparamos en la minuta colocada en un cartel que el maestro de cocina había preparado para tal ocasión, y al ver incluídos en ella el arenque en salsa blanca y el pernil recocado, decidimos almorzar allí en un comedor cuyo ventanal permitía admirar un artístico puente de piedra tendido sobre un espejo de agua y el vaivén cadencioso de las frondas de los castaños alienados a lo largo del *boulevard*.

La charla se hizo poco a poco alegre y algo bulliciosa, contrastando notoriamente con la conversación a la sordina que advertíase entre los comensales alemanes, sentados en torno a otras mesas adyacentes.

Al término de este almuerzo cordial, uno de los del grupo propuso hacer un paseo por las riberas del río más evocador y legendario de la tierra germana. La idea tuvo una aceptación unánime. Atravesamos el puente de piedra y al enfrentarnos con una calleja que conduce en forma más o menos caprichosa a las explanadas del Rhin, vimos una casa modesta, de tres pisos, casi aislada por los efectos ocasionados por los bombardeos de la última guerra, que ostentaba una plancha de bronce con una lacónica leyenda: "Aquí nació el poeta Enrique Heine.

Nos retiramos a la acera opuesta para contemplar con mayor perspectiva la casa natal del poeta y pronto se encendió en la imaginación de cada uno de nosotros el anecdotario pertinente.

—¡Vaya, vaya! conque aquí nació Enrique Heine. ¡Pobre poeta! Su madre Frau Pereira, y su padre, Samson Heinemann, lo adoraban.

—Sí, hombre, cuando niño habló hebreo con sus progenitores y muy poco yidish; tal vez con el fin de darle desde pequeño una cultura clásica, sus padres lo hacían practicar ese idioma.

—Ustedes tienen razón, pero si mal no recuerdo, sus estudios secundarios los realizó bajo la dirección de unos sacerdotes jesuitas; seguramente para evitar persecuciones raciales; así como más tarde abrazó la religión evangélica para poder graduarse de abogado.

—Pero nunca fué un observante ni menos un creyente afiliado a secta alguna. En cierta ocasión un amigo le preguntó: ¿Oye, Enrique, crees tú en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo? El poeta inclinó la cabeza hacia un lado y dijo: ¡Difícilmente un judío como yo puede creer en la divinidad de otro judío!

—¡Qué bárbaro! Como se ve, cultivó con similar habilidad el estilo y el certero estilete.

—Y a pesar de su habla habitualmente inficionada, fué siempre un romántico delicado, genial, un dolido soñador. Schubert, Schuman, Mendelssohn, Tchaikowski, Antonio Rubinstein y Wagner pusieron en música sus poemas.

—A la enumeración que tú acabas de hacer habría que agregar los nombres de Brahms, Hugo Wolff, Franz, Jensen y Sinding, para no quedarse corto.

—Y quien dice romántico expresa, a la vez, la idea de enamorado. Cuando tenía más o menos veinte años, sintió una fuerte pasión, no carente de interés monetario, por su prima Amalia, hija del tío Salomón, acaudalado comerciante de Hamburgo. La chica romaneó y coqueteó algún tiempo con él, pero previo agudos cálculos financieros, al fin se casó con otro.

—Así fué, tienes razón, y a partir de ese desengaño amoroso, el poeta hizo una vida disipante e indecorosa; luego contrajo un mal que por aquellos años era incurable y que al término de su vida degeneró en una parálisis general.

—A pesar de todo, tuvo la entereza suficiente para radicarse en París donde casó con una costurera analfabeta. Matildita es una mujer encantadora, solía decir el escritor, posee un vasto desconocimiento de la literatura alemana...

—¡Qué divertido! Oigan, al contemplar esas ventanas asalta mi memoria otra historieta. Dicen que una noche de verano Heine se asomó al balcón en compañía del filósofo Hegel, su maestro de siempre, miró hacia el cielo y con voz cadenciosa expresó la admiración que le causaba tanta belleza: Las estrellas deben ser las moradas de los bienaventurados...

No, hombre —le contestó Hegel— ¡Las estrellas! constituyen un sarpullido luminoso que siempre sale en la faz del firmamento; nada más, hombre, nada más.

—Bueno, ¿no teníamos proyectada una excursión por las explanadas del Rin? Sigamos, pues, sigamos.

—No hay inconveniente, pero hasta aquí todos han metido su cuchara en esta succulenta charla literaria, menos yo; para terminar quisiera hacer una postrer recordación acerca del incomparable ingenio encarnado en el poeta Enrique Heine. A la muerte de

Goethe, el autor de *Cuadros de Viaje* tuvo un noble arranque de sinceridad: Cuando yo hablé mal del poeta máximo de Alemania —dijo Heine— lo hice por envidia; ahora como siempre, su obra semeja para mí una encina gigante, tan grande que las mismas estrellas parecen ser sus dorados frutos.

—¿Por qué hablas mal de Goethe? —dijo Heine— lo hice por envidia; ahora como siempre, su obra semeja para mí una encina gigante, tan grande que las mismas estrellas parecen ser sus dorados frutos.

—¿Por qué hablas mal de Goethe? —dijo Heine— lo hice por envidia; ahora como siempre, su obra semeja para mí una encina gigante, tan grande que las mismas estrellas parecen ser sus dorados frutos.

—¿Por qué hablas mal de Goethe? —dijo Heine— lo hice por envidia; ahora como siempre, su obra semeja para mí una encina gigante, tan grande que las mismas estrellas parecen ser sus dorados frutos.